

Mis hijas Anaelena y Lucy

(y nuestra indita Anayté)

Hace ya ~~mucho~~ tiempo que trabaja en nuestra casa Anayté Francisca, a quien cariñosamente le decimos: Chica, Chiquita o Chiquitica.

Anayté Francisca nació en Quezaltenango, regia cabecera departamental del altiplano. Clima frío, donde en las mañanas de invierno el agua no sale de la cafetería porque se congela; y se puede mirar la cumbre del volcán cubierta de nieve. Xelajú tierra de bellos paisajes. En septiembre, los campos son dorados; trigo y margaritas silvestres mecidos por la brisa. De allí, las más sonrosadas, aromáticas y sabrosas manzanas. Peras, peritas y ciruelas. Atol de elote en las tardes, y un aguar diente de primera. La gente de este departamento es estoico, trabajadora y buena. Casi el ochenta por ciento de la población es indígena, conservadora de sus tradiciones, ritos y costumbres; su lengua y sus trajes llenos de colorido.

Cuando Anayté llegó —dieciocho años— traía sus huipiles bordados a mano, sus faldas de catorce metros de ancho, largas hasta el suelo, y sus rebozos de flecos. Era bajita, por eso en su tierra le decían Chiquita. Diminuta aunque bien proporcionada para su tamaño. ¡Qué manitas mi Dios!, hasta nos parecían las de un bebé. Su cabello negro estaba dividido en dos largas crenchas que le llegaban hasta la cintura adornadas con cintas entrelazadas de varios colores que terminaban en trabajados moños.

La indita hablaba el castellano además del kakchiquel, pero había muchas palabras costarricenses que no entendía. ¿Qué hacer? Bueno, pues aprender nosotros el idioma de ella.

Como no sabía leer, las listas para la compra de verduras en el mercado eran divinas. En un pliego de papel le pintaba a color y por objetos lo que debía comprar. Doce bananos, media docena de guisquiles, (que son nuestros chayotes). Ejotes, que son nuestras vainicas. Doce guisquiles, léase zapalitos.

Era linda la lista, todo un pue-

ma de color.

Lo raro era que Francisca sabía contar, tenía una rapidez asombrosa para las sumas y las restas. A ella no le quitaban un centavo en su cuenta.

Un día de tantos hice una sopa de ayote sazón, ¡deliciosa!, con carne y verduras. Días después le dije a Chiquita: —“Ve al mercado, compra toda clase de verduras: chayote, camote, papas, plátano ¡Ah! y también un plátano verde, en el cocido es delicioso, y carne”—.

Antes de ir de compras, Chica me preguntó: “¿La carne, la compro molida o entera?” Me extrañó la pregunta, pero en fin, no le hice mucho caso, y le contesté: ¡Ah, no Chica!; la carne, entera, porque si es molida no se ve, y lo rico es comerla a pedacitos”.

Salí al centro de la ciudad y regresé por la noche justo para la cena. Antes de que fuera servida, me acerqué a la cocina, tomé un cucharón, destapé la olla de la sopa, metí el cucharón tratando de sacar la verdura para ver si estaba bien suave, y no ví ni sentí ninguna.

—¿Chica, dónde están las verduras?

—“Allí, seño, entre la olla”.

—No, Chica, no las veo.

¡Chiquita había cocido todas las verduras y las había hecho coladas, haciendo una sopa muy sustanciosa, deliciosa, pero sin los pedazos de verdura que yo golosamente había soñado!

Bien pronto aprendí a hablar por teléfono. Tiempo después estando Lucila ya casada, Ramiro, mi yerno encantador, la llamaba por teléfono desde la finca. Chica había oído cuando Lucy decía “cambio” cada vez que terminaba, para que continuara su marido. Luego empezaba de nuevo, y terminaba otra con “cambio” para que Ramiro pudiera hablar.

Así, un día que habíamos salido mi hija Lucila y yo, cuando entramos de regreso a casa, Chica nos dijo: “Llamó don Ramiro. Lucy preguntó: “¿No dijo si estaba en la capital?” Y Chi-

ca de inmediato le contestó: “Don Ramiro no está en la Costa, está en la ciudad”. ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo él?” No! Contestó Francisca, el señor no dijo “cambio”.

—000—

Tiempo después, Lucila principió a enseñarle a leer y escribir. ¡Había que verlas! Hacían un cuadro encantador: Lucy, blanca-dorada, ojos verdes, sonrisa de dientes perfectos, manos largas, porte señorial, con traje moderno y la indita, una preciosa exponente de su raza: tez oscura, cabello negro, cabía en la palma de la mano, con denticitos de ardilla arreglados con chalecos de oro y su traje autóctono, inclinadas las dos sobre los cuadernos; mientras Anaelena las miraba sonriente con su figura estilizada, cabello largo y sedoso, ojos inmensos; sus jeans chaqueta de cuero, botas de cabritilla y el látigo en la mano.

—¿Por qué no les tomé una foto?

—000—

Cuando vino Arnoldo Gólcher a pasar unos días con nosotros, Francisca se moría de risa tapándose la boquita con la mano, para que no la vieran reír de los términos ticos de nuestra conversación.

Ese sábado en la mañana a Arnoldo le tocaba competir en el campeonato centroamericano de natación. Llevé a Chica con nosotros, para que se distrajera. Se arregló: divina... Su huipil más bordado; la falda almidonada y el cabello recogido en treinta y siete cabecitas de ajo colgando — eran moñitos, pero parecían ajitos — Era la única representante de su raza en el evento.

Creo que ese día de la competencia, al ver a casi todas las damas y damitas que asistían, en pantalones, fue que nació en su cabecita la idea de comprar también pantalones para ella.

Y ese domingo Chica se quitó su falda larga, sus kilómetros de tela, y apareció en pantalones. Pantalones tallados y blusa de

dacrón. ¡Qué cambio! ¡Qué cinturita de avispa!

Y empecé a salir a escondidas en pantalones...

Un día regresó muy temprano. Venía llorosa y despeinada. ¿Qué le había pasado? — Su tía que había venido a la capital, la había encontrado en el Parque Central sin el traje de su raza.

¡Qué tunda la que le dio!

—000—

Ese domingo nos fuimos a la ciudad de Antigua a pasar el día. ¡Nos encanta! ¡Qué lugar inigualable! A la indita le dimos día libre.

En la tarde, al pasar por el Parque Central, le pregunté a mis hijas: “¿Están viendo lo que estoy viendo yo?”

Francisca acompañada de un joven... de la mano de él... Un joven que no llevaba traje típico, sino zapatos blancos de charol.

—000—

Siempre hay tiempos lindos como éste para recordar...

Tardes de invierno en que mis hijas y Chica se encuentran en la sala de estar conversando y bordando. Lucy, borda un almohadón; Anaelena un mantel y Chica, un nuevo huipil. Risas, música, juventud y cariño por doquier.

Es un cuadro plástico que quisiera pintar.

En la noche, si no salimos, vemos televisión. Chica tiene permiso —si no estamos— de encenderla, pues ahora es una entusiasta televidente.

Después, cuando nos dijo adiós...

Anayté Francisca: su pelo recogido con moñas rojas. Huipil bordado con rosas y pajaritos. Falda en tres o cuatro tonos de azul. Sandalias negras, y para resguardarse del frío un rebozo verde con flecos.

Y en la mano...! No es posible! ¡Qué contraste! En la mano: una valija americana “sansonite”... y un radio de transistores.

Chica abordando el jumbo jet, con Lucila y Ramiro, rumbo a Venezuela...